

Relatos sobre
piedras preciosas

Los misteriosos
mensajeros de la Tierra

Edda Singrün-Zorn

y

Elisabeth Klein



EDITORIAL
DU de
DAMASC
www.pauveddamasc.com

Los primeros diez relatos son de Edda Singrün-Zorn y forman parte de los capítulos *Edelsteine, geheime Boten der Erde*, del libro *Das Ogham Buch der Legenden*.

Los relatos de Elisabeth Klein: *La piedra, La roca primigenia* y *Cómo surgió el diamante* están incluidos en su libro: *Von Pflanzen und Tieren, Steinen und Sternen*.

Traducción del alemán: Miguel López-Manresa

Revisión: Francesc Fígols Giné

Ilustración de la cubierta inspirada en el relato "La piedra de los cuatro elementos": Miquel Fígols Cuevas

© Copyright 2002, Editorial Pau de Damasc, Barcelona (España).

Reservados todos los derechos para España y los países de habla castellana. El contenido de esta obra está protegido por la Ley. No se permite la reproducción parcial o total por ningún medio, ya sea sobre soporte de papel o electrónico.

Cuarta edición: febrero de 2015

ISBN: 978-84-15827-68-9

Publicado en la colección **Cuentos y narraciones**.

Editorial Pau de Damasc

Calle Ocells, 6

08195 Sant Cugat del Vallès, Barcelona (España)

(+34) 936 743 026

E-mail: editorial@pauededamasc.com

www.pauededamasc.com

INDICE

Las piedras preciosas.....	5
La piedra de los cuatro elementos.....	7
La leyenda del zafiro.....	11
La turquesa.....	15
La esmeralda.....	19
El cristal de roca.....	23
El ámbar.....	27
El cuento del ágata.....	29
El rubí.....	33
El heliotropo.....	35
La piedra.....	37
La roca primigenia.....	43
Cómo surgió el diamante.....	49
Bibliografía.....	53

LAS PIEDRAS PRECIOSAS



ace mucho, mucho tiempo, los seres humanos vivían en armonía con el mundo de los dioses, y por tanto, también sin envidia ni maldad. Pero sucedió que los dioses empezaron a disputarse entre ellos quién era el más poderoso en los cielos, desencadenándose una lucha encarnizada que duró muchísimo tiempo y que acabó con la victoria del dios Bala sobre el dios Indra. En señal de paz, todos depusieron sus armas, incluso Bala, el vencedor. Pero Indra y sus huestes no podían soportar su derrota y empezaron a fraguar la manera de someter a Bala mediante una artimaña, pues de cualquier otro modo era imposible vencer a Bala.

Y así fue cómo Indra le propuso a Bala:

—Oh, gran Bala, después de haber concluido la guerra queremos celebrar una fiesta y regocijarnos con un juego. Vamos a jugar imaginándonos que somos humanos que ofrecen ofrendas a los dioses, y como la ofrenda mejor y más espléndida es el sacrificio de un dios, tú puedes ser ese dios.

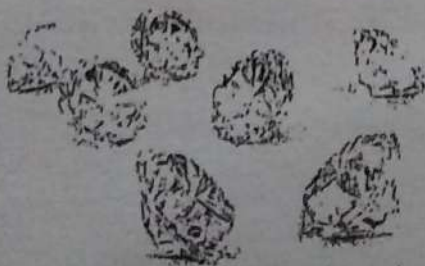
Y así empezó el juego. Sin sospechar nada, el valiente Bala se dejó conducir al poste de sacrificios, pues su actitud era sincera y sin recelos. Y entonces Indra sacó de los pliegues de su manto la piedra del rayo, su arma terrible, la levantó bien alta y la lanzó sobre la cabeza de Bala. Y el dios Bala cayó destrozado, muriendo como un animal de sacrificio sobre los altares de los hombres. Pero como Bala era puro y noble, su último pensamiento no fue de venganza

contra Indra, su último pensamiento fue de compasión para la humanidad. Y de ese modo, de su cuerpo destrozado brotaron, en una plenitud inagotable, las más espléndidas piedras preciosas, como regalo para la Tierra y sus habitantes. En las alturas del cielo, las piedras se expandieron, deslizándose y refulgiendo en los colores del arco iris.

Cuando Indra y los suyos vieron ese esplendor que nunca habían visto antes, se apoderó de ellos un inmenso afán de posesión. Recorrieron precipitadamente los cielos, pillando todo lo que pudieron, y montando en sus carros celestes retornaron hacia el lejano universo, porque seguían temiendo al espíritu del gran Bala aún después de muerto. Pero salieron con tanta prisa e iban tan cargados, que se rompió una rueda, el carro se volcó y cayeron todos hacia la oscuridad, perdiendo todo lo que poseían.

Sobre la Tierra cayó una destellante lluvia de piedras preciosas, sobre las montañas, bajo los abismos y por todas las partes donde hoy día podemos encontrar todavía las piedras más valiosas. Así fue como, con el robo de Indra, cayeron a la Tierra las piedras que los dioses malignos habían perdido en su codicia y también las piedras que eran la ofrenda sacrificial de Bala.

Por eso, existen piedras preciosas con las que sus poseedores regalan felicidad a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Pero también hay otras gemas que se hallan bajo el signo del mal, y que sólo traen ruina y muerte. Y estas últimas son las piedras que tocaron Indra y sus huestes con sus manos codiciosas.



LA PIEDRA DE LOS CUATRO ELEMENTOS



Muy arriba, en las elevadas montañas de Sudamérica, hace miles de años, vivía un hombre. Nadie en la comarca sabía de dónde había venido, ni qué edad tenía, no se sabía si tenía familia ni cuál era su nombre. Y como sabía curar y tenía oídos para cualquier sonido de la naturaleza y ojos para lo visible y lo invisible, la gente le llamaba “el sabio”; y como él no tenía nada en contra de eso se dejó llamar así. A menudo dejaba su cabaña durante varios días para buscar plantas medicinales en las grietas de la rocas y en los barrancos, y de vez en cuando encontraba también piedras preciosas, cristales de roca, ágatas o incluso algún diamante. Conocía el significado de cada piedra y hacía uso de ellas como remedio contra las enfermedades del cuerpo y del alma.

Pero tan pronto como se sentaba en la cima, más cerca del cielo que de la Tierra, empezaba a hacerse sus propios pensamientos y su espíritu recorría singulares y sinuosos caminos. En esos momentos, surgía en él el deseo de encontrar una piedra que incluyera todo lo que se mueve en el cielo y en la Tierra. Y por eso subía a cimas aún más altas en las montañas, hasta que un día alcanzó una plataforma rocosa que estaba rodeada de una corona de piedras. En ellas vio grabadas inscripciones misteriosas que nadie, excepto el sabio, había podido descifrar. Entonces, se inclinó hacia una inscripción u otra leyó e invocó con los

brazos elevados: - "¡A ti, Fuego, que nos calientas y que iluminas la noche, yo te invoco, porque te necesito! ¡A ti, Aire, que le das el aliento divino a todo lo que vive, yo te invoco, porque te necesito! ¡A ti, Agua, que llamamos sagrada, porque nos enseñas el lenguaje de la divinidad, yo te invoco, porque te necesito! ¡A ti, madre Tierra, que nos llevas y nos alimentas por todos los milenios, yo te invoco, porque te necesito!"

Cuando acabó, se mantuvo erguido, escuchando los ecos en la lejanía. Y desde la lejanía vino la respuesta. A sus pies se extendió cálidamente un fuego clarísimo, como si estuviera hecho de arpas etéreas, el aire se arremolinaba alrededor de la cabeza, el agua brotaba entre las rocas en un azul transparente y le humedecía las manos, y la tierra temblaba ligeramente liberando un fértil y nutritivo terrón de humus.

Y dirigiéndose a los cuatro elementos el sabio volvió a hablar:

- "Busco la piedra que envuelve todo lo que mueve el cielo y la Tierra. Vosotros estabais desde el principio, Dios os creó antes de todo, sólo Él estaba antes. Él os creó, mas vosotros creasteis la naturaleza siguiendo su ley y mandamiento; aparte de Él, si alguien conoce la piedra que busco, sólo podéis ser vosotros".

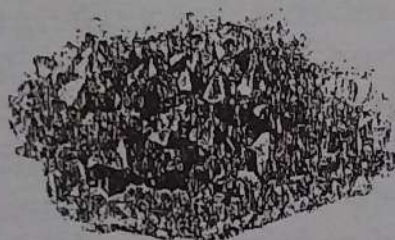
- "Fue al final del día cuando Dios creó las piedras preciosas", dijo el Fuego; "y tomó el rojo más profundo de mis llamas en el hueco de su mano".

- "A mi me pidió", dijo cantando el Aire, "que le otorgara la pureza más transparente".

- "De mi extrajo el azul resplandeciente que yo llevaba conmigo de los cielos", murmuró el Agua.

- "Yo le di un minúsculo terrón de humus, bruno como la tierra, y entonces me abrí, y lo que el Señor mantenía en

las manos, se derramó en mi seno”, dijo la Tierra, “y allí descansa desde entonces, protegido y custodiado hasta el día en que alguien pregunte por ello, hasta el día de su madurez. Te indicaré el camino en mis profundidades y encontrarás y traerás a la luz el cristal que abarca todo lo que se mueve en el cielo y en la Tierra. El cristal creado por los cuatro elementos, la piedra de la paz y de la sabiduría. Los hombres la llamarán Amatista”.



LA LEYENDA DEL ZAFIRO



Un fragmento de cielo cayó sobre la Tierra y se hundió profundamente en su seno materno. En la oscuridad se transforma el "muere y resucita": el cielo murió, la piedra nació.

En los tiempos primigenios, después de que un ángel hubiera horadado el techo de la Tierra para regalarnos las estrellas a los hombres con sus brillantes imágenes, Dios se paseó por el universo al final de ese día de estrellas y contempló lo que había creado el ángel.

- "Fue bello lo que hiciste, y tus imágenes en movimiento le dan a la Tierra no sólo luz en la oscuridad nocturna, también orientan a los hombres y les dan una meta para conocer las leyes del Cosmos. Pero dime una cosa, ¿adónde fueron a parar los fragmentos que tuviste que arrancar del cielo, de ese profundo azul oscuro del firmamento? ¿Los has esparcido por todo su manto? ¿Me los traerías para que no se pierdan? pues tú sabes que nada en mi creación ha de perderse sin sentido".

Consternado, el ángel guardó silencio, con la cabeza agachada se irguió ante su Creador y con voz muy baja, apenas audible, balbuceó:

- "Señor, no he recogido nada. Lo he dejado caer todo a las profundidades de la noche terrestre. No tengo ni idea de dónde cayeron los fragmentos del cielo. Sin ningún sentido perdí en mi empeño lo que vos habíais creado con paz y bondad".

Y ahí el Dios Padre se entristeció, porque amaba su creación, al animal más diminuto, a la planta más insignificante y también a los más pequeños fragmentos del cielo. Ensimismado en sus pensamientos, el Señor se puso a hablar, más para sí mismo que para el ángel:

- *“Así tendrás que aprender a servir, tendrás que aprender a pedir humildemente cosas a quien tú crees feo o desalmado. Experimentarás su disposición a ayudar, su fidelidad y su atento cuidado para con todos los valores de la vida. Experimentarás todo eso, cuando obres siguiendo en el espíritu correcto”.*

Después de esas enigmáticas palabras, Dios se dio la vuelta y partió hacia la noche cósmica.

El ángel permaneció allí mucho tiempo y reflexionó sobre lo que había oído, luego levantó su manto y voló hacia la Tierra. Durante muchos días y semanas estuvo errando por los valles, subiendo montañas, metiéndose por estrechas quebradas, atravesando ríos y mares, y en ningún momento encontró lo más mínimo de lo que buscaba. Una tarde, a la hora del crepúsculo, estaba atravesando un bosque. Había piedras y raíces esparcidas a diestro y siniestro, y no se podía reconocer ningún camino ni paso alguno. Y entonces se movió una sombra entre las matas y cuando quiso acercarse a ella, ésta se retiró asustada. Ante él estaba en cuclillas, no más alto que el tallo de una flor, un enano tullido y desgredado, con verdes ojos saltones. El ángel no recordaba haber visto algo más feo y desagradable antes y estaba a punto de dar la vuelta y apartarse, cuando percibió en su interior una voz que decía:

- *“Tendrás que aprender a pedir las cosas humildemente a aquellos que consideres feos o desalmados”.*

Y allí, en la desesperación solitaria, en el frío de la noche terrestre, el ángel se sintió atravesado por el calor del amor

hacia aquel feo gnomo y comprendió las palabras del Padre. Se arrodilló, empezó a acariciar al pequeño enano y le pidió:

- "Por favor, ayúdame, estoy buscando algo que perdí en mi insensatez. Si lo hago solo, sin tu ayuda, seguro que lo estaré buscando inútilmente por toda la eternidad".

Apenas había tocado con su mano al enano subterráneo, éste empezó a sonreír de manera que todo su rostro arrugado empezó a iluminarse y en sus ojos saltones apareció un brillo cálido. Sin decir palabra, abrió sus secos dedos y en el hueco de la mano había, intacto, un fragmento del cielo. Luego tomó confiadamente una punta del manto del ángel y le pidió que lo siguiera.

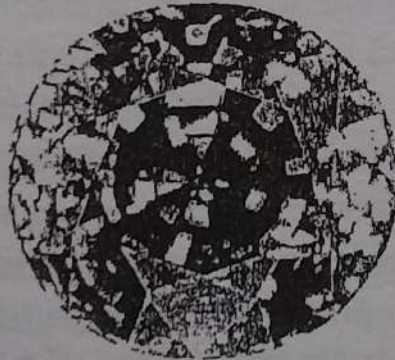
Por estrechas grietas y senderos descendieron ambos a las honduras de la tierra. Llevaban ya mucho tiempo recorriendo silenciosos las bóvedas cavernosas cuando, de repente, la estrechez de su camino se abrió a la amplitud de una gran sala. Asombrado, el ángel contempló un esplendor que sólo había podido contemplar en los espacios divinos. Hasta su misma cúpula, la sala estaba construida de piedra resplandeciente. Las paredes irradiaban en colores azules, desde el más claro al más oscuro, y lo sumergían todo en una luz supraterrrenal. Y ahí habló el enano por primera vez:

- "Un día empezaron a caer en mi bosque trozos enteros del cielo. Yo los recogí y los traje hasta aquí, pero aún sigo encontrando algunos fragmentos en las grietas y entre las raíces. Y por toda la Tierra todos los de mi especie hacen lo mismo que yo, porque los cielos han recogido el poder de las estrellas, y por eso bajamos lo que encontramos hasta aquí, al aislamiento del seno terrestre, para que se desarrolle y se transforme en hermosos cristales que ocultan en su interior las fuerzas del cosmos. Eso sucede para el bien de los hombres, que en el futuro,

cuando llegue el momento, las sacarán a la luz del sol como piedras preciosas. Esa es la tarea de mis pequeños congéneres: proteger, guardar y multiplicar los tesoros de la Tierra”.

Tras estas palabras, el enano acompañó de vuelta al ángel a la salida de las cuevas. Allí el ángel inclinó de nuevo su rodilla ante el enano, lo bendijo, extendió sus relucientes alas y ascendió hacia el cielo, lleno de gozo sobre lo que había vivido, y más sabio por lo que había escuchado.

Y así sucedió que a nosotros los seres humanos nos fue regalado el Zafiro, la piedra preciosa de la fidelidad y la sabiduría.



LA TURQUESA



uy en lo alto, en los solitarios valles montañosos de África, vivía un gnomo. Debía tener cientos de años, porque ni él mismo sabría decir cuándo había empezado a atravesar las rocas; es como si siempre lo hubiera hecho. Ahora bien, sucede que cada uno de estos pequeños gnomos tiene asignada su tarea, ya sea custodiar las raíces de los árboles o de las flores, ya sea cuidar de los animales que se han lastimado, o mantener limpios los arroyos y las fuentes. Al viejo gnomo del que estamos hablando le correspondía recoger y custodiar las múltiples piedras preciosas que existen en las profundidades de la tierra africana. Desde hacía milenios crecían allí aguamarinas, calcedonias, turquesas y el noble diamante. El viejo gnomo conocía muchas, y de cada una sabía su destino y sus virtudes curativas.

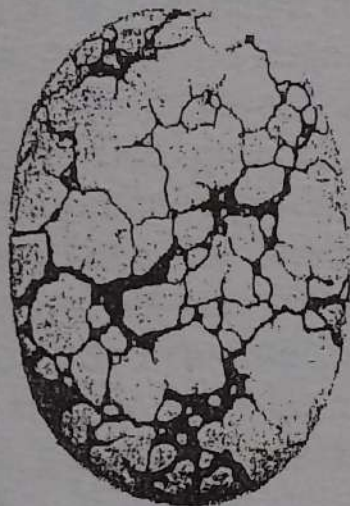
Cuando la luna brillaba llena y redonda sobre el campo, el enano bajaba de las alturas hasta las moradas de los hombres y cuando encontraba un enfermo le murmuraba palabras en sueños. Si se encontraba con alguien que estaba triste en su alma y que fuera incapaz de abrirse a cualquier alegría, le hablaba de la luz sanadora del diamante. A otro le susurraba hablándole del frescor del aguamarina para aliviar el calor de la fiebre, a otros les ponía una calcedonia sobre el cuerpo dolorido; en pocas palabras, era una bendición para todos por su gran saber, y los hombres lo estimaban, aunque nadie todavía había logrado verlo con los ojos despiertos.

Y así pasaron los días, y los siglos, hasta que en un verano de calor ardiente se produjo una de las peores sequías. Muchísima gente estaba enferma en cama y el anciano gnomo de las piedras iba a toda prisa de un lecho al otro. El período de luna llena ya no era suficiente para que pudiera ayudar a todos los que necesitaban ayuda. Y entonces el enano encontró en sus incursiones por las montañas una piedra que nunca había visto antes. Era de un azul oscuro intenso, atravesado por delicadas vetas y como le gustó esa pequeña roca, la tomó en sus manos, la puso en su bolsa y durante sus constantes viajes jugaba con ella entre sus dedos.

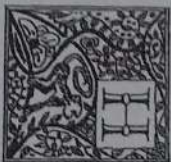
Y entonces llegó aquella noche en que al anciano gnomo le abandonaron las fuerzas. Había estado en camino ya demasiado tiempo sin concederse un descanso. Jadeante, tropezaba sobre guijarros y raíces, hasta que cayó y permaneció al margen de un claro en el bosque. Impotentes, sus dedos delgados se agarraron a la piedra y cuando la levantó para mirarla a la luz de la luna, vio aterrorizado que todos los colores habían desaparecido de la piedra y que estaba opaca, como una hoja que había perdido su color. Al presionarla sobre su rostro arrugado, se le fueron los sentidos y cayó en un profundo sueño de agotamiento.

El Sol corría desde el este hacia el mediodía y cuando estaba a punto de hundirse tras las montañas en el oeste, el viejo gnomo despertó. Su primera mirada la dedicó a su pétreo acompañante, y he aquí que brillaba con un azul intenso y resplandeciente. Y entonces el enano supo que en esta piedra había encontrado algo muy especial - algo que advertía y avisaba, y de lo que no debía desprenderse jamás, pues a través de su color podía reconocer cuándo le hacía falta descanso y reposo. Esa piedra acogía todo lo que sucedía en él y lo mostraba fielmente en sus colores.

Y fue de ese modo cómo el anciano gnomo nos regaló esa piedra vigilante y asistente, que sirve con entrega a los hombres, tanto en su cuerpo como en su alma. Y la llamamos Turquesa, pues vino hasta nosotros atravesando medio mundo desde los antiguos rutas comerciales de Turquía.



LA ESMERALDA



ace mucho, mucho tiempo, en un país de altas montañas, vivía un príncipe. Cuando su padre, el viejo rey, se dio cuenta de que sus años se acababan envió al hijo a viajar a tierras lejanas, para que viera el mundo y adquiriera sabiduría antes de ser coronado.

En su largo camino, el príncipe llegó también a las orillas del mar del sur. Altas y poderosas palmeras extendían sus frondas, la arena de la costa brillaba plateada y allí hasta donde llegaban los ojos, el mar resplandecía en un espléndido color verde. Pero, lo más bello de todo era un suave canto que transmitía el viento. Como si estuviera embrujado, el príncipe siguió el rastro de las notas musicales hasta que descubrió a una doncella. Estaba sentada en el margen de los arrecifes, rodeaba las rodillas con sus manos y cantaba, sin despegar su mirada de las aguas. El príncipe no había encontrado nunca una persona que lo conmoviera tanto en su interior y por eso se acercaba una y otra vez a escuchar el canto de la joven.

Así pasaron las semanas, y sus sirvientes empezaron a inquietarse, pues su señor no daba señales de seguir adelante con el viaje. Hasta que el mayor de todos tomó aliento y le dijo:

- "Señor, han pasado muchas semanas desde que llegamos aquí y muchos meses que estamos ausentes de la corte real. Regresemos para que nuestro padre pueda vivir la alegría del retorno, porque ya está muy mayor y su vida se acerca al fin."

El príncipe se asustó, pues le parecía impensable moverse de allí sin la muchacha. Y por eso, resuelto, caminó entre los acantilados, se inclinó ante la doncella y le dijo:

- *"Cuando oí tu canto, tuve deseos de verte, y cuando te vi, me enamoré de ti. Por eso te pido que te conviertas en mi esposa y que me acompañes al país de las altas montañas"*.

Y la muchacha le tendió la mano y respondió:

- *"Me gustaría ir contigo, pues tu mirada es clara y tu alma es pura, pero has de dejar que me despida del mar con el que estoy unida desde la infancia"*.

Y se arrodilló en la arena, humedeció el rostro y las manos con el agua verde, se mantuvo un rato en silencio y partió con él por los caminos entre los acantilados, sin mirar una sola vez hacia atrás.

El viejo rey falleció al cabo de un tiempo. El joven le sucedió como rey y vivió feliz con su esposa y el niño que les había nacido. Pero a medida que en el país pasaban las lunas, la reina se iba volviendo más silenciosa. Cada vez sonaba menos su reír alegre y sus canciones ya habían dejado de oírse. No quería comer ni beber nada, y nunca podía disfrutar de los gritos de alegría de su hijo. Durante horas permanecía sentada en la almena del castillo y miraba hacia el sur, donde sabía que estaba su hogar.

- *"¿No quieres decirme, qué es lo que te apena?"*, le pedía el rey, *"si puedo hacer algo, me gustaría ayudarte"*.

La joven se puso a llorar y respondió:

- *"Por mucho que te esfuerces en darme lo que me falta, no podrás otorgármelo. Tengo nostalgia del mar, del frescor de sus aguas, de la claridad soleada de sus colores"*.

El rey se entristeció. Pasó la noche sin dormir. Pero al salir el sol por las montañas, había tomado una firme decisión. Se sacó todas sus lujosas vestiduras y dejó el palacio, disfrazado de simple campesino. Estuvo muchas semanas fuera, hasta que llegó a la costa del mar del sur. Nuevamente, como había hecho años atrás, caminó entre los acantilados y se sentó sobre la roca donde había visto a su esposa por primera vez. Ahí permaneció toda la noche ensimismado en sus pensamientos, pero cuando el sol salió por el mar, y sus rayos se quebraron en las olas brillando como cristal verde, en ese mismo instante el rey se acordó del día que estuvo en lo alto de los acantilados y quebradas que hay sobre el mar. Con grandes pasos rápidos, se encaramó a lo alto, hasta sumergirse en las frías sombras de un abismo. Ahí había sido, ahí había visto las piedras, refulgiendo en los colores del mar del sur. Ya estaba extendiendo la mano hacia una brillante piedra cuando sintió pasos y vio ante él erguido a un hombre de larga barba blanca como la nieve, que enojado, dirigía hacia él sus ojos azules como el hielo.

-- "¿Qué buscas aquí? ¡Manténte alejado, porque esta piedra no está hecha para incrementar la riqueza ni para satisfacer la codicia! Hace miles de años que los cristales miran hacia abajo, hacia el mar del sur, hasta que acabaron adoptando la forma y el color del agua, porque amaban el mar y en ese amor acabaron acogiendo en sí mismos lo que veían. Por eso sólo puede arrancarlos quien ame con el corazón, sólo puede sacarlos de las profundidades quien esté dispuesto a entregarse, sin ningún egoísmo, para aliviar la tristeza y el dolor".

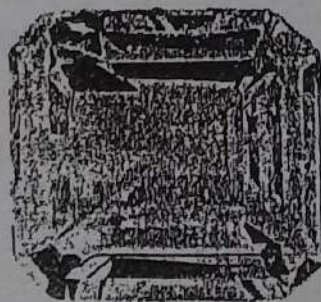
Y entonces flotó una luz sobre el rostro del rey y respondió:

- *"No me asustan tus palabras, quiero decirte por qué estoy aquí, y entonces podrás decidir si soy digno de la piedra preciosa o no"*.

Y le explicó al anciano su historia desde el principio. Cuando hubo acabado de hablar el rey, el anciano se levantó sin decir palabra y desapareció en una cueva de la que volvió a aparecer al poco tiempo con una copa en las manos que estaba tallada a partir de un único cristal verde. Los rayos del sol se quebraban luminosos en aquella gema que parecían deslizarse y salpicar como las olas del mar del sur.

- *"¡Tómala!, le dijo el anciano, "llénala con el agua del mar, llévasela a tu esposa, y cuando se lave la cara y las manos con ella por la mañana, se curará inmediatamente"*.

El rey hizo lo que había prometido y se cumplió todo lo que había dicho el espíritu del acantilado. Nuevamente volvió a sonar la clara sonrisa de la reina, nuevamente se oyeron sus alegres canciones para felicidad de todos, pues hasta que acabaron sus días, ella extrajo su alegría de la fuerza que contenía la piedra. Para nosotros, el verde berilo es la piedra preciosa de los amantes y ha seguido siendo un remedio contra la tristeza y el desánimo. La llamamos Esmeralda.



EL CRISTAL DE ROCA



ace miles de años, los elfos y los espíritus subterráneos vivían en la Tierra junto a los seres humanos. Y no vivían como lo hacen hoy, en lugares secretos y ocultos, sino libre y abiertamente, para que pudieran oírlos y verlos todos los que tenían ojos y oídos para ello.

En el claro del bosque existía un pueblo de elfos y su guía, junto a los enanitos de bajo tierra, y todos hacían felices sus trabajos. Los elfos cuidaban de las plantas durante el día, las limpiaban de parásitos, las levantaban cuando la tormenta las había estropeado y las humedecían con el rocío y la lluvia. Los elfos tenían una figura delgada y ligera, con la piel clara, cabellos rubios y ojos brillantes. Eran hijos del Sol y de la Luna, las dos grandes luminarias del cielo. Los enanos de bajo tierra eran pequeños, de miembros muy cortitos, redondos como los hongos del bosque. Tenían los cabellos y la piel oscuros y los ojillos brillaban con una luz verdosa con los que podían ver en las tinieblas más profundas, porque en su reino nunca penetraba un rayo de luz. Se preocupaban de las raíces de las plantas, de limpiar las fuentes y de guardar los preciados tesoros de nuestra tierra, los raros metales, como la plata, el oro y la multitud de piedras preciosas.

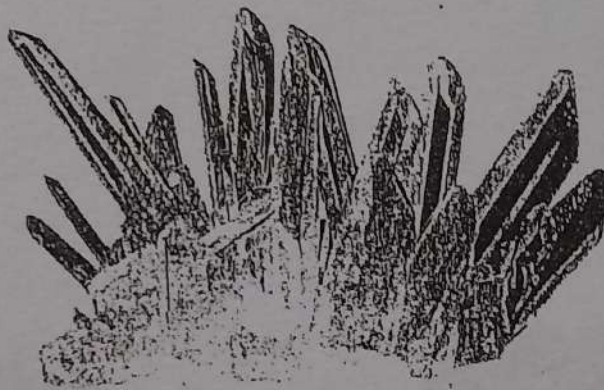
Y sucedió que un verano, cuando los elfos celebraban sus fiestas, cosa que les gustaba mucho hacer, especialmente en la luna llena, que uno de los enanitos de bajo tierra no pudo resistir el dulce sonido de la canción de los elfos que resonaba hacia él desde lo lejos. Y así, el pequeño ser se

encaramó por las rocas hacia arriba y se asomó prudentemente por detrás de las raíces de un árbol. Lleno de asombro, contempló cómo los elfos bañaban sus brazos y manos en el rocío, trenzaban las gotas en el pelo y se ponían joyas alrededor del cuello. También cantaban con sus voces maravillosas, bailaban con los pies ligeros entre las hierbas mientras sus vestiduras se hinchaban, delicadas y aéreas como los velos de la niebla. El enanito de bajo tierra se olvidó de todo lo que le rodeaba y no se dio cuenta de cómo la multitud de su pueblo que se acercaba iba en aumento y cómo por todas partes entre las raíces y los hoyos de la tierra, se acurrucaban oscuras sombras con sus brillantes ojillos verdes. Ahí sentados y mirando, les surgió un anhelo de luz y belleza, y creció tanto ese anhelo que atravesó la noche como un silencioso suspiro.

Mas como los elfos tienen oídos para esas cosas, el elfo guía percibió ese anhelo silencioso y al darse la vuelta bailando, vio al pueblo de los enanitos de bajo tierra a todo su alrededor. Entonces dejó el círculo de los suyos y se inclinó hacia las cuevas y las grietas de la tierra. El brillo de su figura se extendió sobre los enanitos y él vio sus dedos nudosos como las raíces, sus rostros antiquísimos y en ellos, con brillo singular, los ojos de esa gente encantada. Pero cuando empezó a acariciar suavemente sus manos brunas y agrietadas, se oyó un suspiro en todo el corro, y con un gesto increíblemente conmovedor, uno de ellos alargó su mano hacia la gran gota de rocío que el elfo llevaba como diadema en el cabello. Con una sonrisa, el elfo se sacó la joya de su frente y la puso en la mano del enanito, luego se desprendió de las joyas que llevaba en el cuello y en los brazos, y llenó con ellas las múltiples manos callosas que suplicantes se dirigían hacia él. Y el pueblo entero de los elfos hizo lo mismo que él, y desde entonces, en cada noche de luna llena, regalaban sus joyas a los enanitos de bajo

tierra y éstos las llevaban con sumo cuidado envueltas en sus vestiduras y mantos hasta las profundidades de la tierra.

Allí, una vez depositadas las brillantes gotas, fueron custodiadas y protegidas por los enanos de bajo tierra por muchos milenios, de modo que se convirtieron en los cristales que el día de hoy emiten el brillo que habían capturado de las grandes estrellas. Nosotros los hombres los llamamos Cristales de Roca, pero hay quienes piensan que son luz cósmica en el interior de la Tierra.



EL ÁMBAR



Helios, el dios del Sol, tenía muchas hijas, las Helíadas, y un hijo, Faetón, a quien quería sobre todas las cosas y a quien era incapaz de negarle ningún deseo. Un día Faetón le pidió a su padre que le dejara conducir a él solo el carro solar, tirado por caballos de fuego. Y Helios se lo permitió, aunque un poco a regañadientes, pues los caballos eran salvajes e indómitos.

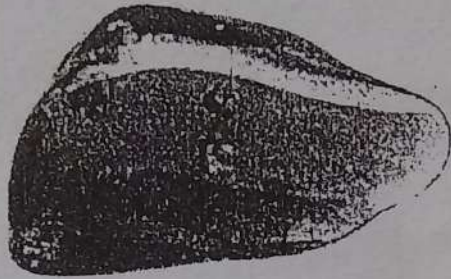
Lleno de alegría, Faetón montó en el carro y partió con él. Las riendas estaban un poco sueltas y le rodeaban la mano, pero cuanto más cabalgaba, tanto más estiraban los caballos, hasta que al final estiraron tanto, que Faetón no pudo sostener la tensión y los soltó. A la deriva, el carro fue precipitándose hacia abajo, corría velozmente por piedras y campos, rozaba las montañas y ponía la tierra en llamas.

Cuando el dios padre Zeus se dio cuenta de ello, entró en cólera, levantó su puño y empezó a lanzar tan terribles rayos sobre Faetón que su cuerpo se estrelló contra una roca. Y entonces se produjo una gran tristeza entre los dioses, porque todos querían a Faetón. Las Helíadas estaban especialmente desconsoladas por la pérdida del hermano.

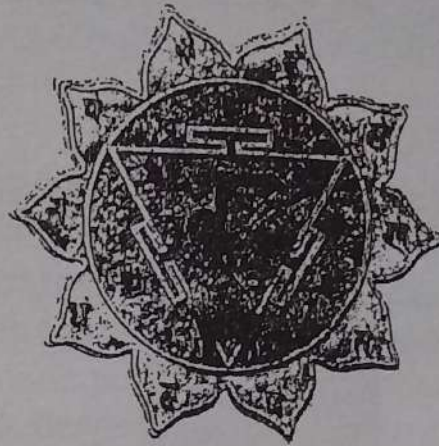
- *"Ni siquiera podemos acercarnos a su cuerpo, porque descansa en la tierra, y nosotras estamos confinadas al cielo"*, se lamentaban.

Llenos de compasión, los dioses se propusieron ayudar a las hermanas, y las convirtieron en abetos que crecieron al pie de las rocas, y allí lloraron día tras día en su dolor. Por eso desde entonces gotea la brillante resina del corazón de los árboles, el Ámbar, las lágrimas doradas de las hijas del Sol.





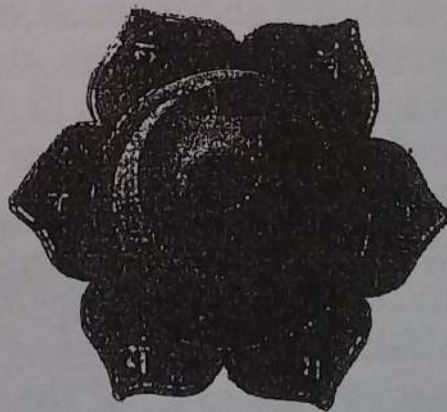
Ámbar



Símbolo del chakra del
Plexo Solar



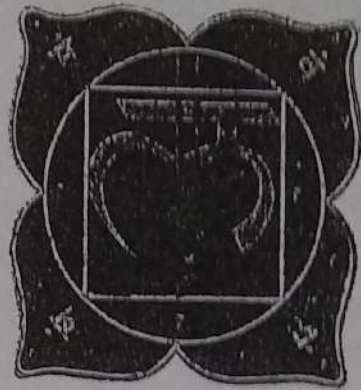
Ágata



Símbolo del chakra Sacro



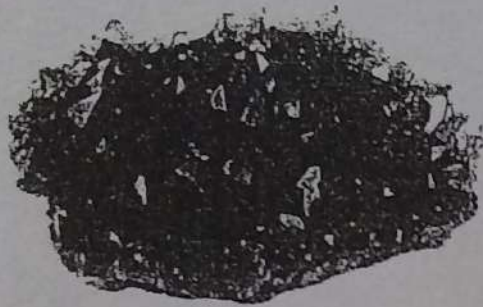
Rubí



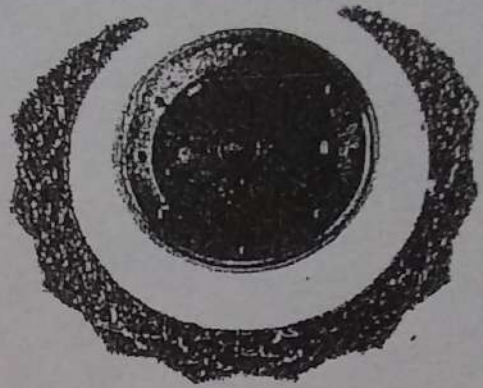
*Símbolo del chakra
de la Raíz*



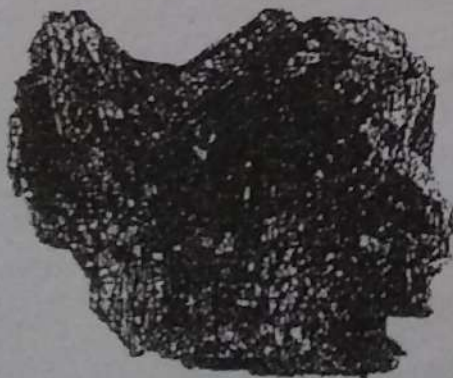
Heliotropo



Amatista.



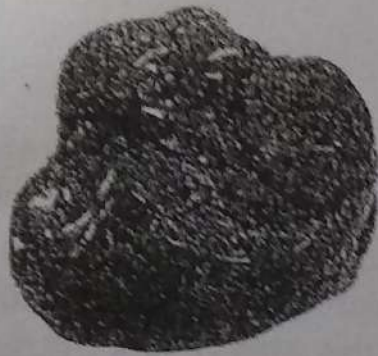
*Símbolo del chakra
de la Corona*



Zafiro



*Símbolo del chakra
de la Frente*



Turquesa



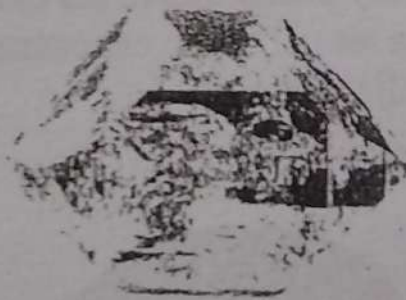
*Símbolo del chakra
de la Garganta*



Esmeralda



*Símbolo del chakra
del Corazón*



Diamante

EL CUENTO DEL ÁGATA



En las pendientes de la Selva Negra, en Hesen, y en otros muchos países alrededor del mundo nos encontramos con los insignificantes pedruscos de Ágata. Efectivamente, quien no mira con cuidado puede realmente confundirla con un simple pedruscò, desprovisto de brillo o valor. Pero en nuestra creación nada ha sido creado que no esconda su misterio, simplemente hay que saber encontrarlo. Y por eso, el ágata envuelve algo que por fuera no podemos ver y solamente podemos intuir.

Hace ya mucho tiempo, hace mil años o tal vez más, nadie lo sabe exactamente, en un día a finales del verano, un hombre se encaramaba por las laderas de una montaña para recoger bayas y leña suelta. Cuando ya había ascendido un largo trecho desde el valle, se adueñó de él el cansancio y se estiró sobre la hierba corta, entre las piedras, poniendo su fardo debajo de la cabeza. El aire era claro, en las hojas del bosque cercano se veían ya las manchas de colores que anunciaban el otoño y el sol le calentaba suavemente la nuca. Su calor se extinguía, pero todavía se elevaba en plena y bella redondez sobre las montañas, como un fruto maduro. El hombre percibía todo eso por sus ojos semiabiertos hasta que los párpados se le hicieron cada vez más pesados y acabó durmiéndose profundamente.

Y entonces tuvo la sensación de que la ladera se transformaba de una manera extraña, y a todo su alrededor vio que las piedras irradiaban una misteriosa luz y envolvían todo su entorno en un peculiar crepúsculo. Los grises pedruscos

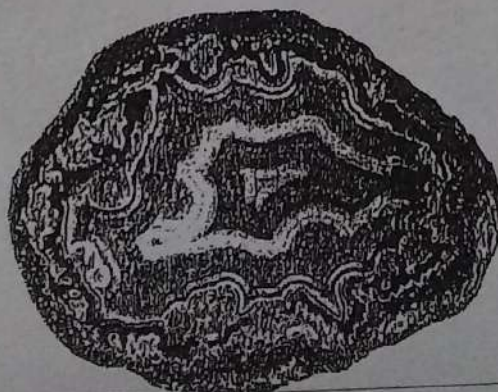
insignificantes ardían al brillar con fuerza, mostrándole al hombre su interior: podía ver a través de las piedras como si fueran de cristal. Toda la multiplicidad de su hogar se desplegaba ante él en las imágenes pétreas, y le parecía como si nunca antes hubiera visto algo tan hermoso. Había piedras del suave gris de un día de niebla, delicados velos se extendían sobre los seres y los arroyos, imágenes parecidas a nubes hechizaban las vagas formas de las mujeres de niebla y los animales de las nubes. Luego había otras piedras ante él con el oscuro verde de un tapiz de musgo sobre el que el sol pinta su dorado círculo. El hombre sintió ahí mismo frescor que sentía en los cálidos veranos cuando pasaba por los bosques y oía el canto de los pájaros y el martilleo del pájaro carpintero. Un poco más allá descubrió en las piedras paisajes enteros, montañas encaramadas como torres y colinas suaves, atravesadas por valles y ríos de múltiples colores y formas. Otros pedruscos mostraban árboles por dentro o las delicadas bifurcaciones de una rama. Más allá yacían algunos que le estaban mirando con ojos enigmáticos, oscuros y dominantes, con la magia del hechicero. Pero de pronto la mirada recayó sobre un grupo de piedras que parecían ser las más bellas de todas. En ellas, desde el rojo más claro hasta el más llameante, se extendía un esplendor sin igual. Todas las salidas de sol que había visto en su vida se concentraban allí. La mano del Padre acariciaba las praderas, el rocío le humedecía los pies, en el horizonte se levantaba la estrella matutina y la pálida hoz de la luna. El primer resplandor rojizo se insinuaba ya tímidamente en el cielo oriental, y el sol derramaba sus rayos sobre el paisaje haciendo que las gotas destellaran en las espigas.

Otras piedras le mostraban el rojo del ocaso vespertino que en sus bordes ya se desliza hacia la oscuridad azul. Sintió el refrescante viento en la frente y de lejos se dejaba

oír el canto del mirlo. Muy cerca de él yacía un cáliz abierto en cuyo fondo percibía el reluciente azul de una noche de luna llena. Como un gigantesco ópalo, la luna colgaba en la piedra cristalina, irisada e impregnada de sueños. El durmiente sentía las aterciopeladas alas de las mariposas nocturnas, veía la refulgente danza de las estrellas y sentía el plateado tono de los grillos.

Cuando el hombre se despertó con un suspiro, el sol se estaba poniendo tras las colinas y sus últimos rayos doraban la pendiente sobre la que estaba recostado. Lentamente, se levantó y recordando lo que había contemplado; asió la primera roca de Ágata, la abrió golpeándola con cuidado y, lleno de asombro, pudo contemplar en su interior el valle, los prados que se oscurecían y por encima la esfera del sol que se separaba. ¿Cuántos milenios tuvo la piedra que haber preservado en su interior las puestas de sol hasta que se convirtieron en imagen allí dentro? ¿Acaso tenía también el anhelo de lo bello y conocía también la nostalgia de la perfección? Un profundo respeto se apoderó del hombre, tomó cuidadosamente el trozo de roca y se lo llevó.

Desde entonces los hombres conocen el misterio de las Ágatas, pero sólo muy pocos tienen los ojos especiales y las manos videntes que les permitan encontrar esa plenitud de entre las rocas y guijarros.



EL RUBÍ



La Tierra había sido creada y flotaba redonda y con brillo azul por el universo. Y se pobló de plantas, animales y de los primeros hombres. Todo crecía lleno de paz y concordia hasta que llegó aquel día, el día que se oscureció el horizonte, el día en que Dios estuvo de duelo en sus cielos. Fue el día en que Caín mató a Abel. El día en que nació la injusticia y el crimen, el día del fratricidio. En ese día la Tierra, la madre de la vida, lloró por primera vez. Toda su fuerza confluyó en sus lágrimas que se volvieron rojas, como la sangre inocente que acababa de verterse.

Las lágrimas cayeron profundamente en el seno de la Madre primigenia y ella las recogió y encerró en el centro de su cuerpo, allí donde a los hombres nos palpita el corazón. A ningún hombre le mostró sus lágrimas, pues las lágrimas que una madre derrama por sus hijos son sagradas.

Y así pasó el tiempo. Muchas tribulaciones sufrieron los habitantes de la Tierra, y todo asesinato y toda muerte violenta las lloró la Madre Tierra con las sangrientas aguas de la aflicción. Como si fueran gotas que brillan oscuras, fueron derramándose día tras día, año tras año, pues el mal creció y las guerras se multiplicaron.

De ese modo se fueron juntando las candentes lágrimas en el centro de la Tierra, allí donde palpita el pulso de toda la existencia. Y allí, durante milenios, se fueron convirtiendo en piedras preciosas, en las piedras del amor, en los Rubíes. Así, en algunos sitios, para recordar cuál es su origen, hoy se llama también a los Rubíes *"las gotas de sangre del corazón de la Madre Tierra"*.



EL HELIOTROPO



ra Viernes Santo, alrededor de la hora duodécima. El Sol ardía sobre el Gólgota, aumentando los dolores de Jesús con sus rayos despiadados. La cabeza del atormentado yacía sobre sus hombros y su mirada se elevó a los cielos, esperando que algún alivio le bajase de las alturas. Y entonces oyó una voz - del pie de la cruz se alzaba una voz que venía de una piedra que habían insertado allí abajo para asegurar la cruz:

- "¡Señor!", murmuró la piedra, "¡Señor, perdóname que haya tenido que ayudar a que te atormentaran, pero no tenía ni idea qué es lo que querían cuando me trajeron de las lejanas canteras. Simplemente me cargaron sobre un carro y me trajeron a esta colina. Sólo cuando me sacaron, descubrí para qué iba a servir. Y ahora soy la más miserable de todas las piedras, pues fui escogida para matar al Hijo del Hombre, ofreciendo mi fuerza para su tormento. ¡Señor, envíame al menos una mirada de perdón, luego volveré a hundirme en las profundidades en las que estuve desde tiempos primigenios!"

Pero Cristo, que entendía el lenguaje de la creación, se inclinó y, sin que lo oyeran los oídos humanos, sus pensamientos hablaron a la piedra:

- "Tú y los tuyos, habéis sido destinados para que a todas las generaciones les sea revelado mi amor por ti, pues tú me has amado más que algunos humanos".

Apenas hubo dicho estas palabras, empezaron a caer gotas de sangre sobre la piedra, penetraron en su más hondo interior y allí permanecieron hasta el día de hoy. Por eso llamamos a esa piedra Jaspe sanguíneo o Heliotropo, es decir, piedra que mira hacia la luz o hacia el Sol.



LA PIEDRA



ra a finales del verano, y el mundo entero estaba exuberante y florecido. En un jardín medio silvestre que pertenecía a una casa en el margen del bosque, yacía un gran pedrusco gris. Lo habían llevado allí como piedra para la construcción, mas como no le habían encontrado un uso adecuado, simplemente lo dejaron en el jardín. El pedrusco tenía algunos huecos y hendiduras en las que quedaba retenida el agua de la lluvia y por ello se había convertido en el lugar preferido de muchos pájaros. A las abejas también les gustaba sacar el agua de beber de allí, porque estaba tibia.

Un día se posó sobre la piedra una golondrina y empezó a darse el baño matinal. Y mientras tanto, el pajarito y la piedra empezaron a conversar.

- *"Vosotros podéis moveros y crecer. Yo, en todo el jardín, soy simplemente un pedrusco viejo y pesado que no crece ni se transforma"*, dijo triste la roca.

- *"Pero querida piedra"*, le respondió la golondrina, a quien las palabras de la piedra le habían llegado al corazón, *"piensa que yo no puedo emanar perfumes ni florecer como hacen las plantas"*.

- *"Sí, pero tú puedes cantar"*, le dijo el pedrusco, *"y yo no puedo ni florecer como las plantas ni cantar. Todos vosotros tenéis parientes, pero yo estoy solo"*.

- *"Es cierto, yaces ahí solitaria"*, dijo la golondrina, *"pero yo sé que existen grandes montañas con muchas piedras y rocas. Seguro que han de poder hacer algo especial, igual como los pájaros que pueden"*

cantar, y las flores que pueden florecer. Le preguntaré a mis amigos, los pinzones, tal vez sepan lo que pasa contigo y las piedras.

La golondrina se fue volando hacia los pinzones, pero ellos no sabían nada.

- *"La piedra es el lugar donde nos bañamos", contaron. "No nos gustaría el jardín si la piedra no estuviera allí. Pero podemos preguntarle a nuestras conocidas las cornejas y ellas conocen a las gregijillas en la montaña, y allí averiguaremos pronto lo que quieres saber".*

Las gregijillas, aunque eran animales antiguos y astutos, se limitaban a decir:

- *"Akrús, akrús ¿qué es eso?"*

Pero todos los pájaros de la Tierra se conocen unos a otros. Y los grajos de pico amarillo, que tampoco lo sabían, le preguntaron a las águilas ratoneras, y las águilas ratoneras le preguntaron a los halcones, y los halcones a las águilas. ¡Y las águilas lo sabían!, porque son los animales más antiguos y más sabios.

La golondrina averiguó así lo que el águila le dijo que transmitiera a la piedra.

- *"Has de estar contenta y orgullosa de ser una piedra. Te voy a contar: cuando estoy en los aires y vuelo en altos círculos, y la tierra que veo ahí abajo y todas las cosas que hay en ella se hacen pequeñas, veo mejor el conjunto. Las montañas y las piedras son como los huesos, los ríos como la sangre, el suelo y la tierra en los fértiles valles son como los músculos, los bosques y praderas son como el pecho, los vientos son como la respiración de ese gran ser que es la Madre Tierra. Pero el conjunto es como una mujer, muy, muy grande. Y del mismo modo como los*

huesos culminan en la cabeza, las montañas de piedra tienen su cabeza en las cúspides más altas de las que tú procedes. Allí es donde piensa la Tierra”.

“E igual como los pensamientos del hombre se mueven alrededor de su cabeza, del mismo modo nosotros las águilas volamos sobre las cabezas de la Tierra”.

“¿Ves lo importantes que son las piedras?”, acabó diciendo feliz la golondrina, después de transmitirle el mensaje del águila.

Súbitamente, la golondrina vio que de la grieta que había en la piedra salía un gnomo con una cabeza grande e inteligente.

- “¿De dónde has salido tú?”, preguntó la golondrina, que sabía muy bien que existen los gnomos.

- “Mientras vosotros las aves voláis sobre la Tierra y pensáis, yo he de estar aquí presente”, dijo el gnomo.

“No me fue fácil llegar hasta este lugar, porque sólo puedo moverme bien y rápido dentro de las piedras y a través de las vetas de metal. Pero yo tenía que volver a visitar a mi vieja piedra en la que yo vivía antes de que fuera despedazada y traída hasta aquí. Tengo muchas, muchas cosas que contarte, mi querida piedra”.

La golondrina, que había volado y se había posado sobre un rosal de altas ramas, escuchaba reflexiva, igual que la piedra.

- “¿Sabes”, preguntó el gnomo a la golondrina, “por qué la rosa tiene la flor más hermosa y magnífica?”

- “¡Cuéntamelo!”, le pidió la golondrina, “pues me encanta la rosa más que todas las demás flores”.

- "Se lo debe a su madera nudosa y a las espinas. Cuanta más madera expulsa hacia fuera el rosal tanto más hermosa se vuelve su flor".

- "¿Y sabes por qué los árboles pueden crecer tan alto que casi tocan el cielo?", preguntó dirigiéndose a la piedra.

Y miró al antiquísimo y nudoso roble que había a la entrada del jardín.

- "Tal vez también sea", respondió la piedra pensativa, "porque tiene tanta corteza".

- "¡Lo adivinaste!", dijo el gnomo. "Su corteza es casi como una piedra y ello permite que el roble llegue a edad tan avanzada y tenga una copa gigantesca. Y tú", dijo dirigiéndose ahora hacia la piedra, "también eres la corteza de un árbol. Pero de un árbol que es mucho más grande y poderoso que el roble. La corteza de ese gran árbol cósmico de la Madre Tierra son las piedras".

Y el gnomo empezó a entusiasmarse en su explicación:

- "Os puedo contar cosas de épocas muy antiguas y remotas, cuando la Tierra entera era como una gran planta magnífica, verde y llena de vida como las hojas y las flores de las plantas que veis hoy en día. Pero a medida que fue envejeciendo la gran planta que era la Tierra fue generando su propia corteza, la corteza de la Tierra, como si fuera un árbol. Y eso es lo que son las piedras y las montañas".

Y continuó diciendo, reflexivo:

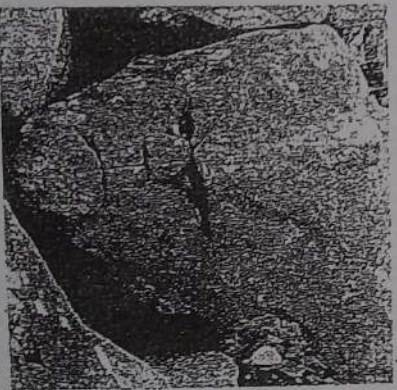
- "En cada flor que florece está floreciendo el rayo de una estrella. Pero las flores que forman parte de este árbol con esa gigantesca corteza se han ido muy lejos, porque es un árbol gigante que tiene muchas cortezas, y las flores que pertenecen a ese árbol son las

estrellas mismas... Bueno, he de volver a la mortifia", siguió diciendo el gnomo, "pero antes he de darle una mirada a ese tocón de árbol de allí arriba. ¿Veis los bellos círculos que recorren el centro? Así es como fue creciendo la corteza del árbol, capa tras capa. La piedra que tú eres también tiene capas. Miralo, porque tú fuiste creada como corteza del gran árbol de la vida que es el mundo".

- "Te doy las gracias, querido enanito", dijo la piedra. "Ahora vuelvo a saber lo que antes sabía cuando habitabas en mí. Simplemente lo había olvidado, porque estaba tan sola".

La figura transparente del gnomo, que brillaba como en una luz verdosa se fue apagando.

La golondrina y la piedra volvían a estar solos. Se había hecho de noche. Las estrellas empezaron a salir en el cielo, como flores resplandecientes, y su luz brilló sobre la piedra. Pero la golondrina estaba posada sobre el rosal y cantaba. Le cantaba a las piedras y a los astros, a las flores y a los animales la canción de cuán grande y hermoso es el mundo.



LA ROCA PRIMIGENIA



Una niña campesina durante la primavera tenía que ayudar a sus padres a recoger y sacar de un campo de cultivo las piedras que las heladas habían empujado hacia la superficie. Y entonces ella tenía que agacharse mucho.

- *"¿Cómo llegan las piedras a nuestra tierra blanda y hermosa?",* preguntó un día la niña
- *"Toda tierra viene de la piedra",* le respondió el padre prudentemente.
- *"¿Y de qué piedra viene?"* siguió preguntando la niña.
- *"Aquí, nuestra fértil tierra de cultivo viene de una piedra muy especial que quiero enseñarte cuando vayamos a la montaña",* le contestó.

La niña pasó el invierno en la ciudad, en casa de un pariente que era óptico y fabricante de lentes y anteojos. Había colocado grandes cristales de cuarzo en su taller, pues para hacer sus lentes tenía que trabajar siempre con cuarzo. En ese momento tenía que arreglar unos prismáticos y la niña observaba cómo esmerilaba e iba probando una nueva lente. Incluso se le permitió mirar por las lentes. Entonces vio que el objeto que observaba se hacía más grande y tenía los bordes de color.

- *"¿De dónde sacas esta piedra tan luminosa?",* le preguntó, sin dejar de mirar alborozada por el transparente cristal de roca.
- *"Esta roca viene de la montaña",* respondió el artesano, *"viene de una piedra muy especial que tal vez llegues a conocer algún día".*

Por la tarde, el reparador de estufas estaba en la sala de estar con la esposa del maestro óptico, porque la estufa cerámica parecía no querer calentar los suficientes y había que volver a probarlo. Y entonces la niña pudo ver el horno con todo detalle. Llamó su atención sobre todo una pequeña zona transparente en la puerta del horno y que dejaba ver el rojizo brillo del fuego.

- "¿Eso es de vidrio?", preguntó rápidamente la niña al estufero al producirse una pausa en la conversación.

- "Ah, no", le respondió, "el vidrio se rompería con tanto calor. Esta placa transparente está hecha de mica, que es una piedra transparente y que resiste mucho el calor".

Y la esposa del maestro le dijo:

- "A esa mica transparente de la tapa del horno se la llama "cristal de María", porque brilla en rojo y en dorado como lo hace la virgen María, cuando en la oración se aparece a los devotos".

- "¡Mira cómo brilla y destella!", exclamó alegre la niña. "Dime, ¿dónde puede encontrarse esa mica tan bella?".

La esposa del óptico no lo sabía, pero el estufero sí, y le dijo:

- "La mica viene de una piedra muy especial que puede encontrarse ahí arriba en nuestra montaña".

Cuando la niña iba ya de regreso a su casa, se dirigió, como había hecho algunas veces, hacia la última casa del pueblo en la que vivía el alfarero, porque le gustaba sentarse a su lado y ver cómo daba vueltas al torno y cómo iban surgiendo los diversos recipientes de arcilla. La niña sabía que el barro estaba guardado en grandes cubas detrás de la casa. Pero ese día el barro se había acabado. Frente a la casa había un carruaje preparado, porque el alfarero quería sacar

nueva arcilla de un terreno de greda que había a las afueras del pueblo. El alfarero le permitió a la niña acompañarlo y contemplar cómo iba sacando la arcilla de la fosa.

- *“¿Y cómo llega la arcilla a esta fosa?”*, preguntó la niña.

- *“La arcilla”,* dijo el alfarero con toda solemnidad, *“viene de una piedra muy especial que puede encontrarse en la cercana montaña. El agua disolvió la arcilla de la piedra y la arrastró hasta aquí”.*

- *“Ya veo”,* dijo la niña, *“mi padre y el fabricante de lentes y todo el mundo hablan de una piedra muy especial. Todos la conocen. ¿Podrías enseñármela?”*

- *“Para eso tendría que ir contigo a la montaña”,* le respondió el alfarero. *“Pero cuando volvamos a casa puedo mostrarte un buen fragmento de la piedra que saqué de la montaña y que luego coloqué en el jardín”.*

Cuando llegaron con el carromato, llevó a la niña a la gran roca que había en el jardín que estaba hecha enteramente de granito. Miraron la roca con sumo cuidado y el alfarero le mostró a la niña que en esa piedra había tres tipos de minerales muy distintos. Y la niña iba a preguntar de nuevo, cuando el alfarero la calmó y le dijo:

- *“Esta roca de la que hablamos es una roca muy especial. Ayuda al ser humano en muchas labores. Hay una historia en torno a esta piedra. ¿Quieres oírla?”.*

Naturalmente la niña asintió entusiasmada y él empezó:

- *«El Creador quería crear la piedra sobre la cual el ser humano recorre el camino de su vida.*

- *“Traedme los dones que tengáis”, le ordenó a sus asistentes, para que podamos crear el suelo primitivo de la Tierra’.*

- Tenía tres grupos de ayudantes. El mayor entre los ángeles de la sabiduría se avanzó y le trajo al padre cósmico una piedra clara y luminosa.

- *Mi nos has otorgado la sabiduría, dijo, y la claridad del pensamiento. Esta es la piedra de la luz. Ninguna otra piedra puede construir cristales como los suyos.*

- Luego se presentó ante el Creador el ángel que congrega a su alrededor a los espíritus de la fuerza. En la mano derecha llevaba una piedra negra y brillante, en la mano izquierda llevaba otra blanca y resplandeciente.

- *Ésta es la piedra de la fuerza, exclamó, puede darle al hombre fuerza para recorrer el sendero de su vida.*

- Finalmente se adelantó un ángel de la hueste de los espíritus del calor. En la mano derecha llevaba una piedra roja, y en la izquierda otra verde.

- *Esta piedra está impregnada con nuestro calor, explicó, se puede seguir transformando y puede ofrecerle muchos servicios al hombre.*

- El Creador dio las gracias a sus ayudantes y acogió los tres dones para crear la piedra por la que el ser humano caminaría con sus pies. Porque ella habría de contener los tres dones.

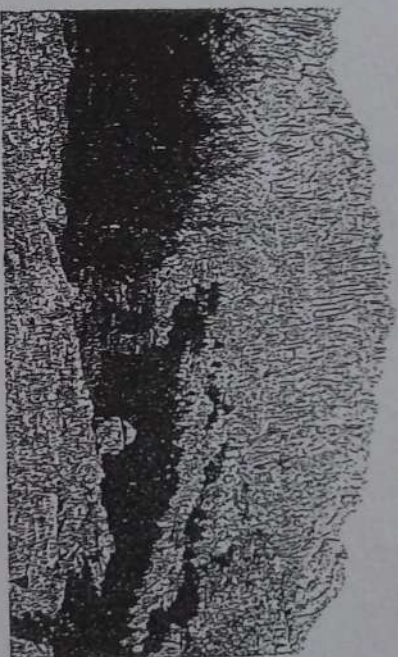
- Y esa piedra es la que se llama la roca primigenia.

- El momento en que el Padre Universal, en quien están unidos la fuerza, el calor y la luz, creó la roca primigenia con los tres dones de sus asistentes, fue un grandioso momento de la creación. Se trata del magnífico granito, la roca más antigua de la Tierra, de la que han surgido muchas otras. Y por eso, en las montañas o en las profundidades de la Tierra, se encuentra

siempre el granito, con algunas variaciones. Pero esté donde esté, siempre contiene esas tres clases de roca. El cuarzo luce suavemente, como si su luz quisiera irradiar hacia dentro. La mica irradia resplandeciente hacia fuera. Hay mica blanca y mica negra. El feldespato puede ser rojo como la sangre o verde como la hierba. Gracias al agua, de él surgen la mejor tierra de cultivo y también la greda o arcilla».

- *"Ahora yo también conozco la roca primordial", exclamó la niña complacida. "He visto el cuarzo en la ciudad. Con él se hacen las lentes con las que uno puede ver muy lejos- También he visto con frecuencia la mica en la abertura del horno como "Cristal de María". Del feldespato surge la tierra de cultivo de mi padre y el barro que utiliza el alfarero. ¡El granito es la piedra más especial!"*

En torno al fértil valle en que vivía la niña se erguían las altas y solemnes montañas hechas con la roca primigenia. Y cuando la niña creció se le permitió visitarlas con su padre. Subieron a una alta montaña y cuando llegaron a la cima, pudieron ver todo el paisaje y la tierra que les rodeaba. Sintieron la majestad de la creación y experimentaron la sabiduría, la belleza y la fuerza del mundo.



Vista de la sierra granítica de Guadarrama (Madrid)

CÓMO SURGIÓ EL DIAMANTE



Un luminoso cristal de azufre que estaba en las profundidades de la tierra vio un negro carbón que también estaba en el interior de la montaña. El azufre le dijo orgulloso al carbón:

- "¡Qué feo y negro eres! ¡Mírame a mí, lo bello que soy y cómo brillo e irradio!"

- "Sí", respondió el carbón, "tú eres más hermoso que yo. Pero hubo un tiempo en que yo era claro y luminoso. Yo era madera blanca, pero luego fui envejeciendo, me hice viejísimo y me fui encogiendo y volviendo negro".

- "¡Bah!", dijo el azufre, "yo no voy a envejecer. Yo voy a ser eternamente joven y bello. No tiene mérito decir que uno era bello cuando era joven".

- "Tienes razón", constató el carbón, "A ti no se te nota la edad. Eres liso y luminoso. Pero yo tengo muchas arrugas. Las tengo por el trabajo. Y si no me hubiera vuelto viejo y negro por tanto esfuerzo y trabajo, no podría servir a los hombres. Y por eso soy feliz", continuó diciendo, "los seres humanos me estiman. Me necesitan y a mi me gusta servirlos. Y porque puedo servir a los hombres no me molesta ser negro y de aspecto desagradable".

- "Tú eres un mero siervo", le espetó el azufre. "Pero yo soy un señor. No te me acerques. No quiero que ensucies mi bello cuerpo". Y añadió bravucón: "Y tú tampoco estás por encima mío en el respeto de los

hombres. Ellos me veneran. Porque a mí le deben la luz, pues conmigo preparan los fósforos".

- "Yo no puedo darles luz a los hombres, como tú haces", respondió el carbón, "pero sí puedo darles calor. Ellos se calientan cuando el carbón está incandescente en la estufa".

- "Digas lo que digas", interrumpió el azufre para acabar la conversación, "tú siempre eres y serás un feo carbón, y yo soy demasiado noble para dignarme a hablar contigo".

- "Es cierto", pensó el humilde carbón, "soy feo y soy negro como la noche. Pero anhelo la luz".

Cuando el azufre y el carbón intercambiaron las últimas palabras, se produjo un ruido ensordecedor en la montaña. Todas las esquinas y rincones temblaron y se agitaron, porque se estaba produciendo un terremoto y las masas montañosas chocaban y se presionaban poderosamente entre sí.

Cuando el azufre se vio expuesto al terremoto, se sintió aterrorizado y empezó a temblar y no pudo resistir la piedra que le estaba presionando. ¿Y qué le pasó al carbón? El carbón sintió la poderosa fuerza de la montaña. Y bajo la presión que sufría de todos los lados, empezó a encenderse en él el recuerdo de la luz que antaño había acogido cuando era una planta clara y verde y de los terremotos que lo habían llevado desde la superficie a las profundidades de la Tierra. El carbón no tenía miedo alguno. Mas bien al contrario, sentía confianza y valor. Y pensaba:

- "Tal vez este terremoto me vuelva a llevar a la luz".

Y cuando pasó el terremoto, pudo verse cómo lo habían soportado el azufre y el carbón.

El azufre había sido aplastado y se había convertido en un insignificante montoncito de polvo amarillo. Pero en el

lugar donde antes había estado el carbón yacía un hermoso
y resplandeciente Diamante.

